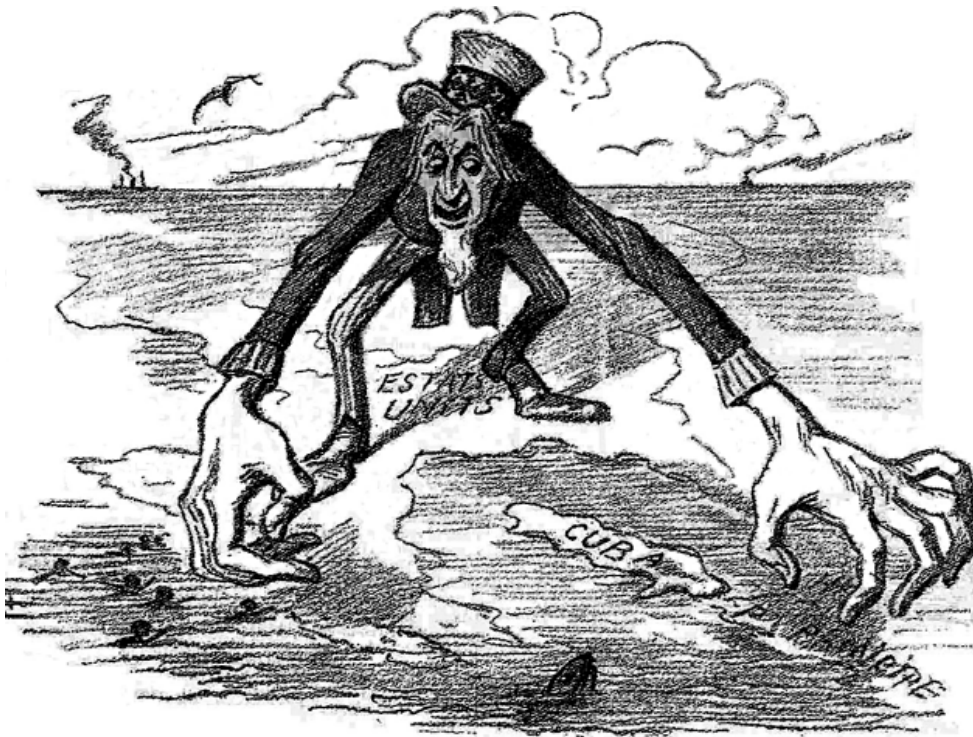


# Estados Unidos contra Cuba Libre

El imperio norteamericano no tuvo ni un asomo de respeto ni un gesto de auxilio o solidaridad desde el inicio de nuestra independencia

Por **ERNESTO LIMIA DÍAZ\***



Como afirmara Céspedes, a lo que aspiraba el vecino norteamericano era a apoderarse de Cuba sin complicaciones peligrosas.

**D**ESDE sus padres fundadores, las élites de poder en Estados Unidos han considerado a Cuba parte intrínseca de su esfera de influencia. Veinte años antes de constituirse en nación, durante la ocupación inglesa de La Habana, Benjamin Franklin cabildeaba en la corte de Londres para preservar a la Isla, pues la necesitaba como centro de su comercio con el resto de Hispanoamérica.

No obstante, tras su independencia en 1783, la política exterior defendida por George Washington mantuvo a Cuba fuera de peligro, al establecer como doctrina del interés nacional no involucrarse en los conflictos de Europa para preservar la paz.

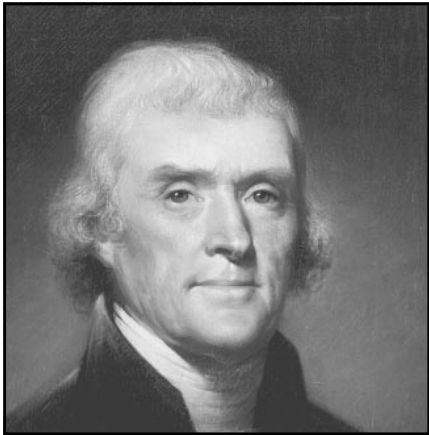
El viejo interés cobró vigor tras el ascenso de Thomas Jefferson a la Casa Blanca en 1801, quien consideraba a la Isla la adición más importante que podían hacer a la Unión, debido a que no necesitaban de una flota para

defenderla. Él la veía como el límite sur del imperio estadounidense (al norte anhelaba Canadá). Nada pudo hacer, porque Gran Bretaña no consintió que se despojara a España de la Perla del Caribe, y la Armada británica dominaba los mares.

La ocupación de España por un Ejército francés en 1823, para apuntalar en el trono a Fernando VII —compartía su autoridad con un gobierno liberal en contra de su voluntad—, puso otra vez el tema Cuba en el centro de la política en Washington. El presidente James Monroe apreció que la Isla podía ser el precio exigido por Francia en concepto de pago; o por Gran Bretaña, como retribución a su auxilio al régimen constitucional. El representante estadounidense en Londres trasladó una advertencia al Foreign Office (Ministerio de Relaciones Exteriores británico): Estados Unidos defendería sus intereses a cualquier precio.

En paralelo, al instruir al embajador en Madrid, el secretario de Estado, John Quincy Adams, le aseguraba: “casi es imposible resistir a la convicción de que la anexión de Cuba a nuestra República federal será indispensable para la continuación de la Unión y el mantenimiento de su integridad [...] Hay leyes de gravitación política como las hay de gravitación física: y así como una manzana separada de su árbol por la fuerza del viento, no puede, aunque quiera, dejar de caer en el suelo, así Cuba, una vez separada de España y rota la conexión artificial que la liga con ella, e incapaz de sostenerse por sí sola, tiene que gravitar necesariamente hacia la unión norteamericana, y hacia ella exclusivamente”.

La proyección contenida en este cable trascendió a la posteridad como “la política de la fruta madura”. El presidente Monroe se encargó de establecerla en su mensaje anual



Thomas Jefferson.

al Congreso, el 2 de diciembre de 1823: “cuando se trata de gobiernos que hayan sido reconocidos como independientes por el Gobierno de los Estados Unidos, la intervención de una potencia europea con el objetivo de oprimirlos o de dirigir de alguna manera sus destinos, no podrá ser vista por nosotros sino como la manifestación de disposiciones hostiles hacia los Estados Unidos”.

Tres años más tarde, el ya presidente John Quincy Adams empleó todos los recursos diplomáticos y políticos a su alcance para evitar que el tema de la independencia de Cuba se tratara en el Congreso Anfitriónico de Panamá en 1826, a pesar de que Bolívar lo ubicó como un punto central de la agenda.

### Los anexionistas de la Isla

Tras concluir la guerra estadounidense de conquista contra México en el siglo XIX, muchos en Cuba vieron a su vecino norteamericano como un coloso capaz de derrotar a España y contener a Europa. Recobró fuerza entonces la corriente anexionista dentro de la Isla y se constituyó el Club de La Habana. A terratenientes como Miguel Aldama y José Luis Alfonso se sumaron hombres de la vanguardia artística e intelectual y resolvieron combinar esfuerzos para conseguir su propósito.

Sin vínculos con La Habana, en Trinidad conspiraba el general de origen venezolano Narciso López, veterano de la campaña contra Bolívar. Su proyecto concebía levantamientos en varios puntos del centro del país y al saber que en la capital se tramaba algo, decidió coordinar las acciones. Su coterráneo José Antonio Echeverría lo llevó a una reu-



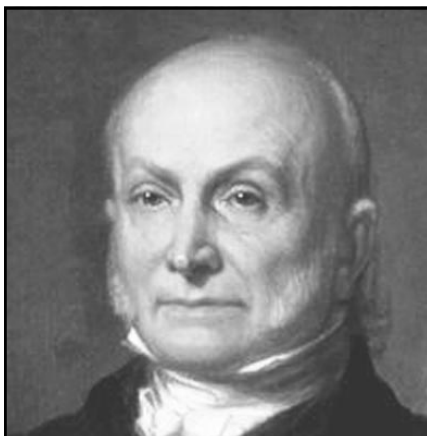
James Monroe.

nión en el Palacio de Aldama. Allí supo que trataban de contactar con el jefe de la primera división del Ejército estadounidense de ocupación en México, general William J. Worth. Se proponían contratarlo por \$3 000 000. Pero el mandatario James Polk quería adquirir Cuba mediante la compra y condenó la vertiente armada.

Su sucesor, el general Zachary Taylor, mantuvo la misma postura. Sin apoyo de la Casa Blanca, Narciso López fue capturado al comandar una expedición mercenaria que desembarcó en Pinar del Río y luego ejecutado al garrote vil el 1º de septiembre de 1851. Ninguna administración posterior se decidió a transitar el camino del anexionismo.

### Ante la insurrección cubana

Cuando Céspedes y sus compañeros se levantaron en armas el 10 de octubre de 1868, el general Ulysses S. Grant marchaba a la cabeza en las intenciones de voto para las presidenciales de noviembre. Como símbolo de la victoria militar unionista



John Quincy Adams.

en la recién finalizada Guerra de Secesión estadounidense, en Cuba presumieron que favorecería sus esfuerzos emancipatorios.

Después de la pérdida de Bayamo como capital de la República el 12 de enero de 1869, ante la impotencia por la falta de pertrechos y convencido de que los patriotas lo sacrificarían todo antes que deponer las armas, Céspedes facultó, tres días más tarde, a negociar a su comisionado en Estados Unidos, José Valiente, a quien el militar norteamericano había asegurado que cuando se instalara en la Casa Blanca, trabajaría para reconocer la independencia de Cuba.

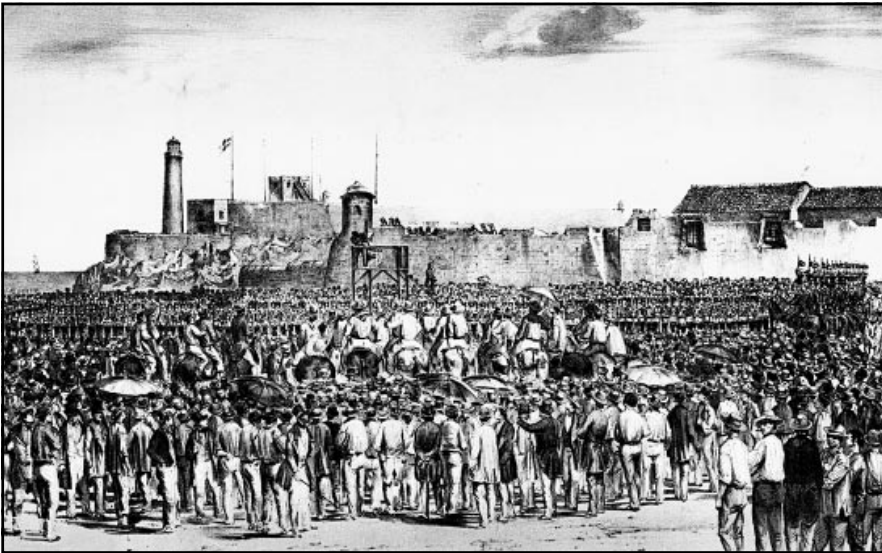
Una vez investido Grant como presidente de Estados Unidos en marzo, el bayamés le escribió para acreditar al abogado José Morales Lemus como su representante en Washington, y le pidió ayuda para poner fin a los métodos sanguinarios de España. No obtuvo respuesta.

El 19 de ese mes, la Administración Grant analizó por primera vez la situación de Cuba. John A. Rawlins, secretario de Guerra, se inclinó por reconocer la beligerancia; en cambio, el secretario de Estado, Hamilton Fish, se pronunció por no hacerlo.

Posteriormente Morales Lemus le ofreció al primero \$28 000 en bonos de la República en Armas, pagaderos al momento del triunfo de la Revolución, a cambio de que indujera al Presidente a otorgar el solicitado reconocimiento, condición requerida para adquirir armas y pertrechos en su país, encontrar puertos de abrigo y abastecimiento, negociar empréstitos y otras ventajas que facilitarían el aseguramiento logístico de la campaña –beneficios disfrutados en Cuba por las Trece Colonias durante su guerra de independencia.

Quienes conocieron a Rawlins atestiguaron acerca de su apoyo a la insurrección, debido a sus principios liberales y sus simpatías por la gesta. No puede desconocerse que en aquellos días la tuberculosis le arrancaba la vida. Sin bienes ni fortuna para legar a su esposa e hijos, sentía pánico del futuro que podría esperarles. Al margen de sus ideas políticas, esa razón parece haber condicionado su aceptación de los bonos.

Su primer paso fue conseguir que recibiera a Morales Lemus, a quien



Ejecución de Narciso López, quien pretendía la anexión de Cuba a Estados Unidos.

el mandatario escuchó y despidió con una promesa ambigua que al plenipotenciario cubano le pareció alentadora: “Sosténganse ustedes algún tiempo, organicense y probablemente alcanzarán más de lo que esperan”.

El Presidente analizó por segunda oportunidad el tema con su gabinete, el 9 de abril de 1869. Fish reiteró su rechazo y esta vez fue más específico sobre el motivo de su posición: Estados Unidos debía permitir que continuasen “la locura y la fatuidad de la dominación española en Cuba” hasta que todas las naciones civilizadas llegaran “a considerar el dominio español como una calamidad internacional que es preciso suprimir, y entonces todas se alegren de que nosotros intervengamos y regulemos el gobierno de la Isla”.

Pese a la negativa, el 19 de agosto de 1869, el secretario de Guerra consiguió que Grant firmara una proclama reconociendo la beligerancia mambisa, pero Fish la guardó en una gaveta y esperó por el curso natural de la vida para dar un vuelco al tema. Rawlins falleció el 6 de septiembre. Y a partir de ese instante, Estados Unidos persiguió todo intento cubano de organizar expediciones para enviar pertrechos y armas a la manigua.

En diciembre, Grant justificó en su mensaje anual al Congreso el cambio de política: “Los cubanos son ineficientes y han hecho muy poco por su causa; vienen aquí en gran número y nos buscan problemas”. La perseverancia mambí frente a la

brutalidad española multiplicó, no obstante, las simpatías del pueblo estadounidense y hacia 1870, se daba como un hecho la aprobación de una Resolución Conjunta en el Congreso a favor de la contienda.

Grant decidió enviar un mensaje al Capitolio el 13 de junio, dirigido a desprestigiar la Revolución: brindó un panorama desolador y subrayó que el estado de las relaciones con España permitía garantizar la seguridad de las propiedades y los ciudadanos estadounidenses en Cuba. Vino en su ayuda la denuncia de las actividades del lobby cubano, tendentes a comprar el voto de los congresistas, descubiertas por el espionaje español.

El golpe resultó letal. Para acreditar su probidad los legisladores se volvieron los peores enemigos de los mambises y la iniciativa a favor de los insurrectos fue derrotada en las dos cámaras. Doce días después de la votación, falleció Morales Lemus sin conseguir que Grant cumpliera su promesa. Para Céspedes, la actitud de la administración definió sus intenciones. Al respecto alertó: “Por lo que respecta a los Estados Unidos, tal vez estaré equivocado; pero en mi concepto su gobierno a lo que aspira es a apoderarse de Cuba sin complicaciones peligrosas para su nación y, entretanto, que no salga del dominio de España”.

En su mensaje anual al Congreso, el 2 de diciembre de 1872, el presidente nortero reiteró su posición ante la insurrección cubana. Ya Céspedes se había percatado de que nada podía

esperar de esa administración y dos días antes del discurso en el Capitolio, retiró la representación diplomática cubana en Washington. Poco después, Hamilton Fish desarticuló el plan de Colombia de concertar un pacto continental para presionar a España a reconocer la independencia de la Isla. El secretario de Estado movilizó a sus embajadores en la región, a fin de conocer la posición del resto de las cancillerías. Todas exteriorizaron una acogida favorable al proyecto en el entendido de que Washington mediaría. Ello condenó la iniciativa al fracaso.

No hubo ni un asomo de respeto hacia una nación empeñada en erigirse en República independiente, con garantía de orden democrático en las más adversas condiciones de guerra; ni un gesto de auxilio o solidaridad a la epopeya de un pueblo que contribuyó a la independencia de Estados Unidos; ni una palabra de aliento para un Ejército que combatía prácticamente en la indigencia y moría por convicciones revolucionarias –sin recibir salarios ni recompensas. El Norte esperaba a que la fruta acabara de madurar; era ese el destino. O acaso cavilaban ya cómo arrancarla. ●

\*Escritor e historiador.

#### Fuentes consultadas:

Los libros *Espanoles e insurrectos. Recuerdos de la guerra de Cuba*, de Francisco de Camps y Feliu; *El Mayor*, de Mary Cruz; *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos*, de Philip Foner; *En pos de la Revolución*, de Gerald Horne; *El mito de Monroe (1763-1860)*, de Carlos Pereyra; *Historia de la Guerra de los Diez Años*, de Francisco Ponte Domínguez; *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, de Herminio Portell Vilá; *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos de América*, de José Ignacio Rodríguez; *La guerra de independencia de Cuba*, de Miguel Varona Guerrero; *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos* (compilación de Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo) y *Diario de Francisco Vicente Aguilera en la emigración* (compilación y estudio introductorio de Onoria Céspedes) y *El Diario Perdido* de Carlos Manuel de Céspedes.